

El vocabulario ¿nos une o nos separa?

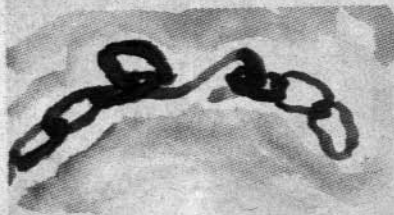
HUMBERTO LÓPEZ MORALES

EL auge creciente del español en nuestros días, sobre todo como segunda lengua, se debe a dos razones de extrema importancia. Por una parte, al hecho de que sus hablantes suman muchos millones repartidos por diversas zonas del mundo –si bien es verdad que el núcleo principal reside en Hispanoamérica– y, por otra, que se trata de una lengua relativamente homogénea, es decir, que sus variedades geográficas resultan mutuamente inteligibles. Esto significa que los niveles que la integran –fonética, sintaxis y léxico– tienen altos porcentajes de elementos coincidentes.

Sin embargo, hasta hace poco tiempo, una buena parcela de las investigaciones léxicas sobre el español tenían como finalidad mostrar las peculiaridades regionales de nuestra lengua: monografías dialectales, atlas lingüísticos, diccionarios nacionales y otras obras de parecido corte se empeñaban en hacernos ver las diferencias que supuestamente nos separaban, gruesas, según algunos y, en todo caso, símbolos de identidad cultural. Estudios de corte opuesto, sin embargo, como los léxicos básicos, que recogen las cinco mil palabras más frecuentes en una determinada comunidad de habla, e incluso reexámenes de materiales anteriores, nos ofrecen otra vi-

sión. La proporción de vocabulario compartido por los hablantes de español es aplastantemente mayoritaria.

Es cierto –y no solo cierto, sino además deseable– que se dan diferencias regionales muy significativas en el léxico, bien porque las palabras proceden de diferentes lenguas indígenas



(*aguacate/palta*), bien porque compite un indigenismo con un término patrimonial (*bohío/choza*), bien porque se mantienen vivas ciertas palabras que han muerto ya en otros lugares (*amarrar/atar*), bien porque se han adoptado diversas composiciones morfológicas (*inversor/inversionista*), bien porque se ha preferido dar carta de naturaleza a distintos extranjerismos (*celular/móvil*), entre otras razones.

No obstante, el debilitamiento de las lenguas indígenas americanas y el prestigio avasallador del español en nuestro continente están dando como resultado un repliegue de indigenis-

mos hacia zonas de la ruralia, lo que va acompañado de otro factor importante: salvo la veintena larga de términos indígenas de uso común en cada país, el resto de los centenares y hasta miles que algunos lexicógrafos se complacen en incluir en sus repertorios, o han muerto ya hace décadas, o perviven en las referencias al pasado –indigenismos arqueológicos–, o se debilitan progresivamente porque hacen referencia a instrumentos, técnicas, formas de construcción, etc. que han periclitado ante la modernidad. Los nuevos objetos de la civilización y las ideas culturales más recientes se expanden hoy rápidamente por todos sitios y suelen contar con un vocabulario propio en las lenguas más importantes del mundo, por lo que los resultados esperables no ofrecen misterio alguno.

Globalización lingüística

Y ya entramos en el renglón, definitivo, de la globalización lingüística, especialmente léxica. El repliegue de términos autóctonos a zonas rurales o su desaparición ha limado un tanto las diferencias y, en contrapartida, la universalización que está iniciándose en el vocabulario hispano aumenta la unidad. Los motivos que dan pie a este fenómeno están centrados en los me-

dios de comunicación. Un estudio en marcha del español manejado en seis grandes rotativos hispanoamericanos (*Excelsior* de México, *El Tiempo* de Bogotá, *El Nacional* de Caracas, *El Comercio* de Lima, *El Mercurio* de Santiago y *La Nación* de Buenos Aires) indica que el 99 por ciento del vocabulario utilizado es común; el restante 1 por ciento se encuentra refugiado en la sección de provincias. Por su parte, las producciones televisivas destinadas a públicos hispánicos diversos –como las telenovelas producidas en Hispanoamérica– tienden a manejar un vocabulario panhispánico. La transmisión por satélite y los programas grabados o enlatados difunden incluso términos privativos de unas zonas determinadas, que poco a poco van penetrando en la nómina pasiva (el léxico que no se usa pero se comprende) de los hablantes de muchos sitios.

Hay que mantenerse alerta ante estos nuevos movimientos, pero sin duda los resultados que veremos en un futuro inmediato no apuntarán a la fragmentación y al distanciamiento léxico entre países del ámbito hispánico. ♦

Humberto López Morales es secretario de la Asociación de Academias de la Lengua Española